



Cuento

Monólogo de un viaje en autobús

Daniel Rico Fontalvo¹

Dricof13@curvirtual.edu.co

Estás peleando por la nada más grande de la Historia.

El Coronel Walter E. Kurtz en Apocalypse Now

52

Me subo al bus intermunicipal. Mi destino está a diez horas. Son las 4:00 AM y la gente comienza a subir al bus. Primero un hombre de traje blanco, con un sombrero y unos espejuelos redondos, se sienta en la primera fila; Luego sube una mujer de algunos treinta años, junto con ella suben cuatro niños, de aproximadamente (un cálculo a la suerte), diez, ocho, seis y cinco años. La expresión de la mujer es decaída, como si hubiera llorado mucho, y al verme parece empeorar. Quizás sea viuda de algún muerto en la guerra, de igual forma es lo más común en estos tiempos que corren, puras familias huérfanas. Se suben un par de hombres con fachas de

¹ Estudiante de séptimo semestre del programa derecho de la Corporación Universitaria Rafael Núñez, CURN. Integrante del Club de Lectura Bajo Palabra, 2019. E-mail: Dricof13@curvirtual.edu.co



campesinos, abarcas, sombreros y machetes al cinto; uno le pregunta al otro sobre si habrá lluvia ese día, a lo que el otro responde negativamente.

Así va llenándose de pasajeros. Junto a mí se sienta un hombre de algunos cincuenta años, calvo y de contextura media.

Afortunadamente soy el primero en subir al bus y sentarme junto a una ventanilla, pues dentro está hirviendo.

A las 4:50 procede a subir el conductor; un hombre obeso, de por lo menos 120 kilos, con un bigote bastante poblado y el cabello al ras. Toma su lugar frente el timón; lanza un grito a su acompañante y procede a encender el vehículo.

Mientras el conductor acelera, por la acera de la terminal se acerca corriendo un joven con ropas iguales a las mías, con uniforme del ejército y lleva el brazo derecho enyesado y el morral en la parte delantera. Le grita al chofer que no lo deje; y al subirse por la puerta delantera le da las gracias y procede a sentarse en el último puesto, junto a una ventana sellada.

El bus arranca, y antes de los diez minutos ya hemos salido de la pequeña población de San Calixto. Ya desde la colina puedo ver el pueblo; la iglesia en la plaza, las casas a punto de derrumbarse, y las dos únicas casa de material (la del alcalde y la de don Leónidas, el hacendado más rico de los pueblos de la zona); esta es la más viva representación de desigualdad, muchos pobres, pocos ricos. No puedo evitar el recordar a mi tío Salvador mientras veo el paisaje de desigualdad. Salvador siempre me comentó sobre la dignidad de un pueblo sufrido y maltratado por aquellos que nos gobernaban, y cómo nosotros los pobres ponemos los muertos en una guerra de pobres contra pobres.



No muy lejano al pueblo está la base militar que hace dos días fue atacada. Se registraron las muertes de veinte soldados y doce rebeldes, ningún civil del pueblo se ha visto afectado.

Entre los muertos se encontraban tres oficiales y el resto eran soldados rasos, y entre los que se encontraban mis amigos.

Los soldados muertos no serán velados en San Calixto, pues en ese momento era denominado como zona de peligro, así que fueron enviados los cuerpos a la capital del departamento, para realizar el sepelio, y enterrar a los fallecidos en el cementerio militar de allí.

Mis amigos muertos en el ataque eran: Pantoja, al cual conocía desde la escuela, en mi pueblo de origen, Los Mamones; Pérez, que provenía del interior del país; Partera, al que conocí en admisión a la vida militar; y Alfonso Schult, el único al que llamaba por su nombre y apellido, con el que más confianza tuve y el que murió en mis brazos, luego de que un rebelde (al que maté después) le rajara el abdomen de un cuchillazo, dejando sus intestinos al aire libre.

La base y el pueblo van desapareciendo en la oscuridad mientras vamos avanzando.

Miro el reloj y faltan cinco minutos para las 5:30 AM. Comienza a verse las líneas naranjas en el horizonte.

Conocí a Alfonso Schult en el primer día de llegada a la base de San Calixto. Era hijo de un alemán que había servido en la primera guerra, y que provenía de una familia de carrera militar por generaciones. En el instante que inició, oficialmente, la guerra del estado contra los rebeldes, el padre obligó al hijo a enrolarse, pues decía que un Schult debía cuidar su patria, y Alfonso al haber nacido aquí estaba en la obligación de proteger esta, su patria de nacimiento.



Es entrada la mañana y aún siguen durmiendo casi todos los pasajeros. Los dos campesinos conversan sobre el ataque a la base; hablan del hijo de un compañero de ellos en la hacienda de don Leónidas que había muerto en el ataque; se trataba de Costa, al cual, a pesar de no estar en mi pelotón, lo había visto varias veces en la base. Ellos, los campesinos, junto a mí y el conductor, son los únicos que se encuentran despiertos a las 7:23 AM.

Tío Salvador vuelve a mi mente con estas palabras: “Aquí somos nosotros los que colocamos los muertos, los rebeldes son campesinos y estudiantes; y los militares también están en la misma condición. Nunca verás al hijo de un político en el monte defendiendo la patria que tanto dicen amar”. ¿Por qué viene esto a mi mente? Hace mucho que no recordaba a mi tío, y justo ahora no puedo evitar pensar en él y sus palabras que en aquel momento no significaron nada, pero ahora, creo encontrar el significado correcto.

Desde hace tres días no duermo, la última vez que lo hice fue el día anterior al ataque; intenté hacerlo pero no podía conciliar el sueño y la única vez que pude medio descansar, soñé que Schult con sus vísceras colgando y acompañado de un perro sarnoso, que le lamía las manos llenas de sangre y mierda. Él intentaba acercarse a mí, e intentaba decirme algo, pero la sangre revuelta con bilis que brotaba por su boca no le permitía articular palabra alguna. Los ojos azules de Schult solo me transmitían terror, tristeza, estaban iguales que cuando murió. Me levanté de golpe, miré en la cama de arriba en el camarote y estaba vacía, seguía muerto, al igual que Partera, Pantoja, Pérez y al igual que los otros dieciséis compañeros que murieron; por primera vez me sentí realmente solo.



Afortunadamente, o desafortunadamente, mis dos días de vacaciones fueron dos días después del ataque, así podré ir al entierro de mis amigos. La cúpula militar prohibió la asistencia de personal del batallón, a menos que esté de vacaciones.

Estamos a media hora de la capital. El niño más pequeño de la mujer de la que hablé al principio, está llorando. El militar del brazo enyesado se bajó hace dos pueblos, no recuerdo haberlo visto nunca en la base. El hombre que está a mi lado me pregunta cómo fue la cosa dentro de la base durante el ataque, me dice que él vivía cerca de esa base, y que durante las explosiones y disparos se le murió el único recuerdo de su esposa fallecida, un perro de 18 años, que le regaló luego de que él tuviera un accidente en un caballo. Me dice que él había visto pasar a los rebeldes antes del ataque, y que simplemente pensó que eran algunos campesinos que iban a buscar las guacas. Me comenta que se dirigía a la capital para el funeral de los militares. Le pregunto si ha muerto algún hijo suyo, y me responde que nunca había tenido hijos, que iba por mera curiosidad, para evitar quedarse solo en su casa, extrañando a su perro.

Estoy próximo a mi destino, y aún no he podido sacarme lo que me dijo mi tío. A él lo habían matado un año antes de yo enrolarme al ejército. Soñaba con ver a Los Mamones más avanzado, e incluso muchas veces la masa social lo intentó motivar para que se inscribiera a la alcaldía, pero siempre lo rechazó, alegando que más se hacía desde el pueblo, que desde el sillón del alcalde. Lo mataron una mañana mientras salía de una reunión con el sindicato de jornaleros. Un tipo se le acercó por la espalda y le descargó las seis balas de una Colt de cañón corto en la zona de los riñones, según, le gritó que se le había ganado por sapo. El asesino fue linchado por



los jornaleros, y los mismos jornaleros quemaron la casa del alcalde y la alcaldía, pues se le culpó de ordenar la muerte de mi tío.

Mi tío creía en una igualdad de oportunidades, tanto para nosotros los pobres, que estamos a la espera del día a día, solo esperando para morir, criados en casas de barro y pisos de tierra; como los ricos que son criados en palacios de cristal y donde lo único que huele feo es la mierda que ellos mismos cagan. No era comunista, él creía en el mérito de ganar el pan con el sudor de la frente, creía que en ese ganar con el sudor de la frente debía darse la igualdad, tanto como los de “arriba” como los de “abajo”.

Hemos llegado a la capital. El hombre, David, así se llama, irá conmigo hasta la funeraria militar. Luego del funeral pasaré mis vacaciones en Los Mamones, pero no volveré al ejército. El pensar todo en este viaje, me hizo comprender que perdí mi tiempo, que solo defendí la patria desde el lado equivocado; haré más siguiendo los pasos de mi tío, cumpliendo su sueño.